

CIENCIA FICCION

SELECCION 38

Benford. Bryant. Disch. Elgin. Reamy. Yolen.



La ciencia ficción se erige hoy como uno de los pocos géneros literarios que recuperan para el lector el goce de la fantasía y el placer de la lectura. Los relatos incluidos en esta nueva selección, tomados de la famosa revista *Fantasy and Science Fiction*, demuestran la brillante madurez alcanzada por el género. *Piedra*, de Edward Bryant —premio Nebula—, lleva hasta el último extremo la parábola de la alienación en un concierto de rock. *En carne extraña*, de Gregory Bendford y *Las mecedoras*, de Suzzete Elgin, desde diversas ópticas, son el patético reflejo de las relaciones extra-raciales y de sus formas de comunicación; *Un chico llamado Detweiler*, de Tom Reamy, trae la violencia social de la novela negra a un marco extraño; *El hombre que no tenía ni idea*, de Thomas M. Disch, aporta, con un cruel sentido del humor, una perspectiva insólita para un mundo donde la burocracia parece ser una de las razones de su existir.

Contenido

Presentación: *El tema de la comunicación en la ciencia ficción*. Carlo Frabetti.

Piedra, (Stone), Edward Bryant, 1978.

En carne extraña, (In Alien Flesh), Gregory Benford, 1978.

Las mecedoras, (Old Rocking Chairs Got Me), Suzette Haden Elgin, 1979.

Un chico llamado Detweiler, (The Detweiler Boy), Tom Reamy, 1977.

La centésima paloma, (The Hundredth Dove), Jane Yolen, 1977.

El hombre que no tenía ni idea, (The Man Who Had No Idea), Thomas M. Disch, 1978.

PRESENTACIÓN

El tema de la comunicación en la ciencia ficción

En los comienzos de la ciencia ficción, el problema de la comunicación se planteó básicamente en su aspecto primario de intercambio de información, cosa bastante comprensible si se tiene en cuenta que el tema del first contact, del primer contacto con seres alienígenas, era, lógicamente, uno de los grandes filones argumentales del género.

Hay multitud de relatos, incluso novelas enteras, que giran alrededor del fascinante problema de la comunicación (en el mero sentido de intercambio de datos, de bits, como se diría en el moderno lenguaje de la informática) entre seres inteligentes de distintos planetas. Un memorable cuento corto de B. A. Chandler, La jaula (publicado en una — mejor dicho, en dos— de nuestras antologías), especula con sutileza e ironía sobre las dificultades que tendría un terrestre, capturado fuera del marco de la civilización por unos zoólogos alienígenas, para demostrar su condición de ser racional.

Pero, evidentemente, la comunicación plantea problemas mucho más delicados y de difícil solución que el mero intercambio de datos objetivos, y en una etapa más avanzada la ciencia ficción ha empezado a explorar tanto la forma en que el progreso tecnológico influirá en las relaciones interpersonales, como la inimaginable complejidad de los

problemas afectivos que podrían surgir entre los terrestres y seres de otros planetas.

Algunos autores (y no sólo de ciencia ficción) piensan que el shock del encuentro con una civilización alienígena, sobre todo si es más avanzada, podría resultar anonadante en función de la misma «extrañeza» de sus contenidos y valores. Y en la eterna polémica sobre el mixtificado tema de los ovnis, no son pocos los que sostienen que sus hipotéticos tripulantes no se manifiestan precisamente para evitarnos ese shock.

El tema dominante de esta antología es el de la comunicación, en sus distintas vertientes y entendida como algo más que mera transmisión de datos.

En Piedra, y mediante la extrapolación de ese fenómeno de comunión ritual o simpatía que hace años que los sociólogos vienen observando en los conciertos de rock, se exploran nuevas e inquietantes (por lo plausibles) posibilidades de comunicación a través de la música.

En carne extraña, en la línea de las especulaciones sobre afectividad interplanetaria popularizadas por Farmer en toda una serie de provocativos relatos, entronca sugestivamente el mito de Jonás con la idea de que el contacto íntimo con un ser radicalmente extraño ha de cambiar por fuerza al hombre que lo experimente.

Las mecedoras replantea una vez más, y desde una perspectiva poética, la vieja cuestión de la no interferencia, y El hombre que no tenía ni idea, volviendo al terreno meramente humano, nos ofrece una curiosa visión, no exenta de humor, de una sociedad en la que para hablar con los demás se necesita un permiso ad hoc, previo examen de aptitud.

Estos son algunos de los aspectos del problema de la comunicación sobre los que podrá leer en las páginas siguientes. Siempre que su permiso de lector esté en regla, por supuesto.

CARLO FRABETTI

PIEDRA

Edward Bryant

I

Por encima de la ciudad incendiada, una mujer solloza un blues. Cómo llora, cómo gime. Llamas alimentadas por lágrimas rastrean el cielo.

Es una viejísima canción:

Lléname como las montañas. Léname como el mar.

Retorciéndose en el calor, ella se yergue donde no hay apoyo. Las llamas lamen su cuerpo.

Toda entera.

Finamente trazados, con un brillo de hielo, los cables manipuladores irradian hacia fuera. Tensas ligaduras entre su cuerpo y la parpadeante oscuridad, todos los cables conducen a la intangible, abrumadora figura que está detrás de ella. Sin expresión, Átropos mira a la mujer.

Con el rostro contraído, ella mira el corazón de un millón de fuegos y grita.

Toda entera.

Átropos alza las terribles y brillantes hojas de la cizalla y corta sin vacilar los cables. Con los miembros extendidos hacia los cuatro puntos cardinales, la mujer se precipita sobre las llamas. Queda instantánea y completamente consumida.

El rostro de Átropos permanece oculto por las sombras.

II

Alpertron presenta
CONCIERTO JAIN SNOW
con MOOG ÍNDIGO
estimulación a sesenta bandas por RobCal.
23 y 24 de junio

Una sola actuación a las 21.00
Localidades: 20, 16 y 12 dólares.
Disponibles en todas las taquillas Alpertron o en la
entrada.

MONTAÑAS ROCOSAS
RUEDO CENTRAL
DENVER

III

Me llamo Robert Dennis Clary y nací hace veintitrés años en Oil City, Pennsylvania, donde crecí. Obtuve la licenciatura de ingeniero electrónico y un título en electrónica.

—No es usted idóneo, mister Clary —dijo el rector—. Le falta el necesario espíritu de equipo. Hablando francamente, es usted egoísta. Y una estafa.

Mi madre me dijo una vez que lamentaba que yo no fuera lo bastante guapo como para salir adelante sin trabajar.

—Escucha, mamá. Estoy bien. No hay nada de malo en trabajar en el circuito de conciertos.

Trabajo muchísimo ahora. Nunca he sido lo bastante genial como para tener un puesto realmente bueno con, por ejemplo, Bell Futures, u otra de las grandes firmas espaciales. Pero poseo una cualidad que se cotiza: lo que el entrevistador llamó una afinidad especialmente coordinadora para los circuitos múltiples. Parecía asombrado cuando yo terminé de manipular la consola de estimulación.

—Dios, muchacho, te metes de verdad en ello, ¿no?

Así fue como conseguí el puesto en la Alpertron, S. L., la gran agencia de promoción y programación. Estoy en la gira de conciertos, y manejo su panel de estimulación; a un lado del escenario estamos mi consola y yo. No es muy distinto, en principio, de tocar uno de los instrumentos del

grupo musical, aunque es endiabladamente más complicado que el sintetizador de Nagami, incluso. Parece bastante sencillo; mi consola es el enlace esencial entre el intérprete y el público. Simplemente un transceptor de retroalimentación glorificado: recoge la carga empática de Jain, la canaliza hacia el público, éste reacciona y añade su propia carga, y yo se la devuelvo a la estrella. Y luego, vuelta a empezar, utilizando las sesenta bandas de estimulación, cada una con sus controles separados para equilibrar, aumentar e intensificar. La cosa puede desmadrarse, y por eso no todo el mundo puede hacer este trabajo. Lo que me ayuda es que, al parecer, yo tengo una resistencia natural al exceso de radiación de las transmisiones empáticas.

—¿Has pensado alguna vez en enseñar? —preguntó el consejero vocacional del colegio.

—No —dije—. Me gusta la acción.

Y por eso estoy en el circuito de conciertos de Jain Snow; en mi opinión, la única verdadera cantante de blues y estrella de estimulación.

Jain Snow, mi intermitente amor no correspondido. Su voz es áspera: suena suave hasta que te desgarras.

Es mayor que yo, cuatro, quizá cinco años; pero parece una adolescente. Jain es alta, tiene una revuelta mata de pelo rojo, y su cara no es tanto bonita como intensa. Nunca he conocido a nadie que no quisiera hacer el amor con ella.

—Cuando eres una estrella —dijo una vez, medio borracha— no te cuelgan por coger el último pastel del plato.

Eso me incluye a mí, y a veces me deja meterme en su cama. Pero no muchas.

—¿Te gusta? —dijo.

—Eres realmente estupenda —contesté, soñoliento.

—No hablo de mí —dijo—. Quiero decir estar en la cama de una estrella.

Le dije que era un bicho y ella se rió.

No las suficientes.

Ya sé que yo no me atrevo a insistir; y aunque me atreviera, seguiría existiendo Stella.

Stella Vanilla (nunca he sabido cuál es su verdadero apellido) es el guardaespaldas de Jain. Otras estrellas de estimulación tienen batallones de karatekas asesinos como protección. Jain sólo necesita a Stella.

—*Stella, ¿me traes un whisky? Sí, irlandés. Si no tienen, escocés.*

Ella es más baja que yo, menuda y morena, con el pelo castaño y rizado. También es experta en todas las artes marciales que yo conozca. Y si todo lo demás falla, en el bolsillo lleva un Colt Pitón 357 con un cañón de diez centímetros. La primera vez que lo vi, pensé que ella no podría siquiera levantarlo.

Pero vaya si puede. Vi a Stella cuando, a la salida del Ruedo Bradley en Los Ángeles, un grupo de excitados motoristas quisieron acercarse demasiado a Jain.

—*Apartaos, reptiles.*

—*¿Quién eres tú para decirlo?*

Ella tuvo que sostener el arma con las dos manos, pero el cañón no vaciló. Stella disparó una vez: la bala se incrustó en las entrañas de una Harley-Waukel aparcada. Los motoristas retrocedieron rápidamente.

Stella envuelve a Jain en su protección como en una capa. Lo cual, a veces, divierte a Jain; lo noto. *¿Stella? ¿Puedes marcarme un par de gramos? Stella, llámame a Alpertron. Stella, echa a los tipos de la entrada. Stella...* El cuento de nunca acabar.

Cuando la conocí, pensé que Stella era la persona más fría que me había encontrado jamás. Y *en Des Moines la vi llorando, sola, en una cabina telefónica a oscuras. Jain la había despertado y le había dicho que se diera un paseo de dos horas mientras ella se tiraba a un tío que se había ligado en el bar del hotel. Yo di golpecitos en el cristal de la cabina; Stella me ignoró.*

Stella, ¿la quieres tanto como yo?

Aquí estamos: un simpático, simbólico y obtuso triángulo. Y, sin embargo... Somos una feliz familia del mundo del espectáculo.

IV

Estamos en el jet fletado por Alpertron, S. L., volando a 12.000 metros sobre el Oeste de Kansas. Stella y Jain están sentadas al otro lado del pasillo. Es un vuelo largo y se ha producido una pausa en la conversación, generalmente ruidosa. Jain hojea el último catálogo de Neiman-Marcus; las listas de venta por correo son su pasión actual.

Levanto la vista cuando ella estalla en una risa ronca.

—No te fastidia. ¿Quieres mirar esto? —Señala el catálogo abierto sobre su regazo.

Hollis, la operadora de color de Moog índigo, está sentada detrás de ella. Se inclina y alarga el cuello sobre el hombro de Jain.

—¿Qué?

—Eso. El VP.

—¿Qué es VP?

—Vídeo —dice Hollis.

—¡Eh, todos! —Jain levanta la voz, cortando estridentemente todas las conversaciones—. Fijaos. Por una módica cantidad, estos tipos me ponen un aparato de vídeo en la lápida. Tiene de todo, sonido estéreo y color. Lo único que tengo que hacer es ir y cortar la cinta antes de morir.

—¡Fantástico! —dice Hollis—. Puedes dejar un álbum de tus mejores éxitos. Ya sabes, para la posteridad. Conciertos gratis sobre la hierba todos los domingos.

—Eso es realmente morboso —dice Stella.

—Gratis, un cuerno —sonríe Jain—. El que quiera ver el espectáculo, que nieta un dólar en la ranura.

Stella mira por la ventana, asqueada y molesta.

—¿Quieres un chisme de éstos para tu cumpleaños? — pregunta Hollis.

—No —Jain sacude la cabeza—. No voy a necesitarlo.

—¿Nunca?

—Bueno... no en mucho tiempo.

Pero yo pienso que sus palabras son inseguras.

Luego solamente escucho a medias, mientras, miro los bancos de nubes desperdigados, y las Montañas Rocosas, que se alzan al Oeste. Mañana por la noche actuaremos en Denver.

—*Es lo más cerca de casa que pienso ir —había dicho Jain en Nueva Orleans, cuando descubrimos que Denver estaba programado.*

—¿Un qué? —la voz de Jain suena desconcertada.

—Un cenotafio —dice Hollis.

—Cállate —dice Stella—. Maldita sea.

V

Estamos en el Ruedo Central, el orgullo arquitectónico de Denver. Este es el lugar de reunión más grande de Montañas Rocosas, esa heterogénea y anacrónica ciudad-franja que se agarra a la cordillera frontal desde Billings hasta el Sur de El Paso.

La cúpula se extiende hasta más allá del alcance de las luces. Si fuera rígida, no podría haber un Ruedo Central de Montañas Rocosas. Pero está hecha de una variedad de plástico flexible, y unos ventiladores insuflan aire caliente para mantenerla hinchada. Estamos en la parte interior de un gigantesco globo. Cuando el ruedo está lleno, el calor humano del público mantiene la cúpula inflada, y el personal cierra los ventiladores.

Un rato antes maté el tiempo leyendo el panfleto de propaganda del lugar. Como dice el diseñador, la combina-

ción del ruedo y los espectadores convierte a la cúpula en un organismo sustentador. Por error, primero leí «orgasmo».

Escucho conversaciones cruzadas a través de las clavijas insertadas en mis orejas, mientras la gente del montaje comprueba las luces, el sonido, el color y todos los demás sistemas. Finalmente un técnico anónimo entra en el circuito para examinar a fondo mi consola de estimulación.

—Vale, Rob, estoy en la cabina sobre el pasillo del Este. Dame un bajo.

Mis pezones estaban sensibilizados por la lengua de ella, que es áspera como la de un gato.

Estoy conectado a un aparato de pruebas tan potente como el vestido que Jain llevará luego... aunque no tan exótico. Deslizo el mando de una banda hasta que alcanza la posición cinco en una escala de cien.

—¿Cinco? —pregunta el técnico.

—Sí.

—Lectura correcta. Dame unas cuantas bandas más.

Obedezco. *Sus labios y su lengua me besan, descendiendo por mi vientre.*

—Un poco más alto, por favor.

Pongo las bandas en quince.

—Realmente estás de humor.

—¿Qué quieres que piense?

—Jesús —dice el técnico—. Deberías estar actuando. A la multitud le encantaría.

—Pagan por Jain. La estrella es ella.

Intenté ponerme encima; ella no me dejó. Un momento después, ya no me importaba.

—¿Acabas de poner la banda en treinta? —la voz del técnico suena rara.

—No. ¿Leíste eso?

—Negativo, pero por un momento me lo pareció. —Hace una pausa—. No permitirás que tu vida emotiva se interfiera en tu trabajo, ¿verdad?

—Vete a la mierda —contesto—. No es asunto tuyo.

—Nada de amenazas —dice el técnico—. Era una sugerencia solamente.

—Métetela por el...

—Vale, vale. Es una chica deliciosa, Rob. Y como tú dices, es la estrella.

—Ya.

—Bueno. Pásame otras cinco bandas, Rob; amplio espectro, esta vez.

Lo hago, y el técnico está satisfecho del resultado.

—Así está bien —dice—. Volveré contigo luego.

Corta el circuito. Todas las comprobaciones están hechas; ya no hay nada en los circuitos, salvo un ruido de fondo como de insectos trepando por periódicos viejos. *Ella no me va a permitir estar exhausto durante mucho rato.*

El público empieza a entrar ruidosamente.

Espero el concierto.

VI

Nunca ha existido una estrella de estimulación de la magnitud de Jain Snow. Y sin embargo, el concierto de esta noche es un fracaso. La química falla en algún punto. Las caras de la gente son como siempre, pero, por algún motivo, no están *implicados*. Participan, pero no lo suficiente.

No creo que el fallo esté en Jain. No detecto ninguna diferencia significativa respecto a otros conciertos. Su piel desnuda, sólo ocasionalmente velada por la malla de metal que transforma todo su cuerpo en una antena, sigue excitando al público. Yo he presenciado actuaciones tuyas mucho mejores que ésta, pero también la he visto actuar peor y salir contenta del escenario, sin embargo.

Tampoco es Moog índigo; están respaldando a Jain con los juegos de luz y sonido tan expertamente como siempre.

Puede que sea yo, pero no creo que esté manipulando mal la consola de estimulación. Sí así fuera, el técnico anó-